

# En el umbral de la era interespiritual

---

*Wayne Teasdale*

## **Ante una nueva época**

Poco a poco se va cobrando conciencia de que estamos llegando al final de la civilización que hemos conocido durante siglos. La primera época axial (desde el 1.000 a.C. hasta Jesús y Mahoma) vio la formación de la base espiritual de la cultura, con sus sabios fundadores: los místicos de India que inspiraron los Vedas y Upanishads, Zoroastro en Persia, Confucio en China, los profetas Elías, Isaías y Jeremías en Israel, Sócrates, Platón y Aristóteles en Grecia, hasta Jesús y Mahoma. Ahora surgen nuevas exigencias. Esa primera época fue demasiado excluyente por lo que se refiere a las religiones, que crecieron relativamente aisladas las unas de las otras. En nuestros días, con las telecomunicaciones y los viajes, este aislamiento ya no es posible. Una civilización dominada por una o dos culturas ha dejado de ser posible y deseable.

Estamos en el umbral de una segunda época axial, que se caracterizará por un sentido profundo de comunidad entre las religiones y, consiguientemente, por una *sabiduría interespiritual* y un compromiso profundo para con la justicia medioambiental. La segunda época axial será, pues, *interespiritual* y, también, *ecológica*, términos intercambiales, pues esta segunda época sugiere dos cambios que se implican mutuamente: la emergencia de la sabiduría interespiritual, a partir del descubrimiento de la comunidad entre miembros de religiones

distintas, y la atención al valor último de —y a la inquietud por— la Tierra. Una sabiduría interespiritual incluye una ecoespiritualidad sana, que es una nueva forma de misticismo de la naturaleza.

Quisiera explorar estas intuiciones y sugerir que requieren una comprensión multiconfesional de una espiritualidad que, siendo universal, al mismo tiempo preserva su rica diversidad. Esta espiritualidad global o multiconfesional es la base para que se pueda hablar de sabiduría interespiritual. Se desarrollarán los elementos de una concepción de este tipo y se subrayarán sus posibilidades. Todo lo anterior se orienta esencialmente a la fundamentación más profunda de la *cultura de la paz* y a cómo las religiones, por supuesto en cuanto tales, pueden contribuir a ella. Es necesario ponderar atentamente la naturaleza, el papel y el alcance de la espiritualidad tal como funciona en un contexto global, contribuyendo a cambios sustanciales, como por ej., al abandono de las instituciones de la guerra y, en definitiva, de toda forma de violencia.

### **Tres rasgos revolucionarios**

Si se considera la forma en que el mundo está evolucionando hacia una civilización planetaria —y se necesita una cultura de la paz para que esta empresa sea un éxito—, emergen tres tendencias que afectan a todas las religiones: (1) el descubrimiento y la expansión de profundos lazos de comunión entre las religiones —entre miembros de distintas creencias— que sustituyen el antiguo modelo de aislamiento, sospecha y competencia; (2) mientras este sentimiento de comunidad se profundiza y madura, el fenómeno de la sabiduría interespiritual empieza a extenderse a medida que cada vez son más las personas que se sienten a gusto en dos o más tradiciones, felices de explorar y aprender de las enseñanzas y prácticas, contemplativas o místicas, de otras tradiciones; y (3) el reconocimiento claro de que la crisis medioambiental es una responsabilidad que todos compartimos, al margen de la fe a la que pertenezcamos o incluso de si no pertenecemos a ninguna.

La creciente conciencia de comunidad entre las religiones —anunciando un nuevo paradigma de relación entre ellas— se ha venido

desarrollando ininterrumpidamente desde el primer gran Congreso de las Religiones del Mundo de 1893. Este acontecimiento histórico introdujo las religiones de Asia en Occidente y expandió el interés por el estudio comparativo de las religiones. Dicho Congreso se preocupó también de promover la paz en el mundo a través de las religiones, animándolas a entender que tenían que aceptarse unas a otras. Este reconocimiento y esta voluntad de escucharse unos a otros hizo nacer el movimiento interconfesional centrado en el diálogo: académico o teórico (el diálogo de la *cabeza*), el nivel de oración compartida, de la meditación (el diálogo del *corazón*); y estas dos formas de diálogo posibilitan la colaboración genuina entre confesiones: el diálogo de las *manos*.

A lo largo del siglo transcurrido desde el Primer Congreso, muchas organizaciones (la Asociación para la libertad religiosa, la Conferencia Mundial sobre la religión y la paz, el Congreso Mundial de Confesiones, por citar algunas) han seguido adelante con la visión de la armonía interconfesional y su promesa de comunidad. Cuando las religiones adoptan la nueva forma de relacionarse, salen de su aislamiento, abandonan su carácter exclusivo, se encuentran en su vulnerabilidad y admiten sus errores —incluso los que han cometido en perjuicio de las otras religiones— entonces son capaces de conocer y experimentar aquella comunidad genuina de la que todos provenimos y en la que nos sostenemos. Todo el movimiento interconfesional, en sus orígenes, su desarrollo y tal como se expande ahora y afecta al curso de la historia, nos introduce en un nuevo período: el tiempo de la segunda época axial, la época ecológica e interespiritual. El Segundo Congreso de las Religiones del Mundo (agosto/septiembre de 1993) fue un acontecimiento axial de gran importancia porque nos permitió entrever que la época futura casi estaba ya tomando forma. Reunió a 9.000 personas que representaban a unas 125 tradiciones, en una atmósfera de apertura y profunda atención mutuas y de entendimiento creciente.

El Congreso convocó la Asamblea de Líderes Religiosos y Espirituales (250 miembros) que debatieron la declaración congresual *Hacia una ética global*, que suscitó mucha controversia por su contenido, lenguaje, metodología y elaboración, al ser tenida por demasiado occidentalista, primermundista, incluso por demasiado cristiana. En esencia, se desentendió de la Asamblea puesto que no le dio ningún papel ni en la formación ni en los retoques del documento.

Con todo, la existencia de esta declaración y de muchas otras (la Declaración Universal sobre la No-violencia, sobre las Responsabilidades Humanas ante la Paz y el Desarrollo Sostenible, o el documento más reciente de Riva del Garda de la Conferencia Mundial de Religión y Paz) sólo es posible a causa de la realidad de la comunidad que está emergiendo en todo el mundo entre religiones y entre personas no religiosas, pero que tienen un gran interés por —y se sienten responsables— la Tierra, que resuelven los puntos críticos y derrochan armonía en la familia humana. Esta perspectiva comunitaria es un cambio axial y se convierte en una oportunidad real para que haya una *cultura de la paz*.

El *segundo* rasgo revolucionario es fruto de la comunidad entre las religiones, y es importante porque ayuda a crear la época de la *unidad-en-la-diversidad* de la espiritualidad y de la cultura global: la época *interespiritual*. Se le puede llamar también de la *sabiduría interespiritual*. Por *interespiritual* se entiende no la mezcla de distintas tradiciones, sino la posibilidad y la realidad de que aprendemos y nos nutrimos no sólo de nuestra propia tradición mística. Esta característica de sabiduría *interespiritual* sugiere que subyace una tradición universal que la soporta: la *philosophia perennis*. La sabiduría *interespiritual* es la variante práctica de la filosofía *perenne*, su núcleo interior y experiencial. Es la herencia universal que está en cada uno y que es accesible a todo el mundo por cuanto está basada en nuestra generosidad individual para explorar y en nuestra capacidad para crecer y perfeccionarnos a través de las intuiciones y las prácticas de las distintas formas de espiritualidad. De ahí el término «sabiduría *interespiritual*». Que este rasgo es sustancial se puede ver por el hecho de que, en las últimas décadas, cristianos, hindúes, musulmanes,

budistas, etc. están todos aprendiendo los unos de los otros. Es normal que un cristiano, sin dejar de serlo, practique el Zen, que un budista o un hindú, sin dejar de serlo, siga formas cristianas de contemplación o de acción comprometida. Esta realidad la expresa elocuentemente Raimon Panikkar cuando afirma con frecuencia que él es un «cristiano-hindú-budista». Y es que las religiones, si son auténticas, son o pueden ser algo interiormente unido de tal forma que se realce cada tradición en su núcleo más profundo de verdad y experiencia. Desde este punto de vista, las religiones se completan las unas a las otras.

El *tercer* rasgo revolucionario también ha venido ganando terreno en todo el mundo con distintos grados de aceptación por parte de gobiernos, naciones, tradiciones religiosas, grupos, organizaciones y personas. Es la conciencia de la crisis ecológica de nuestro planeta y de cómo cada uno de nosotros y colectivamente cargamos con la responsabilidad de esta crisis y con la realización de los cambios, en nuestra vida y cultura, que van a permitir unos nuevos modelos de existencia más responsables y ecológicamente armoniosos. Este rasgo no es menos revolucionario que los dos precedentes y quizá es más urgente debido a la amenaza global a la que nos enfrentamos si no cambiamos radicalmente nuestra forma de vivir y de usar los recursos, de manera que abandonemos el antropocentrismo y vayamos a un cosmo-geocentrismo que nos permita vivir en armonía con los demás y con la Tierra misma. Este rasgo es tan profundo como lo fue el desarrollo de las grandes religiones en la primera época axial.

En el Congreso de las Religiones del Mundo de 1993 esta cuestión obtuvo la adhesión de todas las religiones y logró un espacio prominente en el documento *Hacia una ética global*. La sentencia final obliga a los signatarios a «formas de vida respetuosas con la naturaleza». Este asunto representa la prioridad más importante de la humanidad y, a un nivel puramente práctico de colaboración entre las religiones, es la matriz real de un encuentro interconfesional, la preocupación permanente de todos los seres responsables.

Las religiones tienen recursos internos de carácter psicológico, moral y contemplativo que pueden provocar una transformación de las motivaciones del hombre ante la forma en que vivimos y usamos la tecnología, cosa que no han conseguido, a nivel de masas, las fuerzas políticas, económicas, sociales, educativas y científicas. Ética y moralidad solas son insuficientes para generar un cambio. Se necesita una fuerza interior para crear una nueva motivación. Y ésta la pueden aportar las religiones. Como dice al último párrafo de *Hacia una ética global* «nos comprometemos a aumentar nuestra conciencia con una disciplina de la mente, con la meditación, la oración, el pensar positivamente». El papel de la espiritualidad es más profundo que la vida ética y moral de los individuos y las sociedades. Dado el contexto actual y nuestras deliberaciones sobre la cultura de la paz, se necesita una comprensión multiconfesional de la espiritualidad que incluya las intuiciones que acabamos de subrayar. De esta forma, esta espiritualidad multiconfesional es universal o global e incluye una nueva comprensión de su naturaleza y de su papel como recurso para la transformación de las personas y las sociedades.

### **Una espiritualidad global**

Los términos «global», «universal» o «multiconfesional» referidos a la espiritualidad no aluden a una super-espiritualidad, una nueva forma de sincretismo, una síntesis forzada de todos los tipos de espiritualidad presentes en diversas religiones y parte de una tradición perenne y más amplia. Aunque esta tradición existe en un sentido metafísico, no hay una espiritualidad que lo abarque todo y que la presente y actualice en la vida humana.

Una espiritualidad universal atañe a las intuiciones, experiencias, valores y prácticas comunes que son esenciales a toda forma sólida de vida espiritual. Una espiritualidad madura nos hace mejores como seres humanos, especialmente en los niveles psicológicos, morales y místicos. Es un componente fundamental de una cultura de la paz, una cultura de la no-violencia. La religión no puede pretender simplemente aportar una dimensión moral a la cultura. Desde los ocultos tesoros el

Espíritu tiene mucho más que ofrecer: unas raíces profundas de esta nueva cultura de la paz que aseguren su perdurabilidad.

Hemos de distinguir entre espiritualidad teórica y práctica. Y el interés radica en la dimensión práctica de la espiritualidad: la espiritualidad como una propiedad universal de la conciencia religiosa que se expresa a sí misma de muchas formas, a través de la oración, la liturgia, los cantos y otras expresiones musicales, la meditación, el yoga, el ayuno, la disciplina ascética, el autocontrol, la contemplación, el arte, el servicio. Todo ello compromete el interior de cada uno, el cómo se es y, por supuesto, *lo que* uno es por razón del ejercicio de este *cómo*.

La espiritualidad, en su sentido más básico, se origina de un movimiento interior del corazón, con ayuda de la mente, y afecta a la conciencia total del individuo. Corazón, mente, conciencia, participan de la emoción profunda de deseo de una relación con la Realidad Última de lo Divino, prescindiendo de cómo éste sea conocido o concebido. Podríamos aducir muchos textos de las distintas tradiciones para expresar este impulso del alma, pero San Agustín lo expresó en sus confesiones: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

En toda espiritualidad auténtica hay que reconocer una dimensión individual y social. La dimensión social se manifiesta en la preocupación por los demás, en concreto por la amplia comunidad de la Tierra misma. Una espiritualidad acósmica carecería de este aspecto social que es, hoy por hoy, una necesidad urgente, especialmente si tenemos en cuenta las demandas de justicia, las necesidades de los pobres, los derechos humanos, la defensa de las culturas amenazadas, el cuidado y la protección de la Tierra y de sus especies.

## Los elementos de una espiritualidad global

Toda forma madura de espiritualidad consta de siete elementos, aunque acentúen más unos que otros: (1) una capacidad de vivir moralmente, (2) la no-violencia, (3) solidaridad con toda vida y con la misma Tierra, (4) una práctica espiritual y un maduro autoconocimiento, (5) simplicidad de vida, (6) servicio desinteresado, y (7) acción profética. Los tres primeros son disposiciones fundamentales, actitudes impulsoras, compromisos duraderos; el cuarto es el medio de la vida espiritual y los tres restantes son frutos.

1. Toda religión y espiritualidad enfatiza esta intuición. Está presente en los diez mandamientos o en la exigencia de Jesús de «Amar a Dios y al prójimo». Se encuentra en la tradición yoga del hinduismo, en la noción de *yama* (dominio) y de *niyama* (disciplina), y en las ocho vías de Buda. La ética global se construye sobre este fundamento de la parte moral del ser humano. La vida espiritual no es posible sin un carácter moral, pero la moralidad es sólo el comienzo.

2. Una espiritualidad genuina requiere un compromiso con una *profunda no violencia*. Esta clase de no-violencia es semejante a la *ahimsa* de la tradición india que se encuentra en textos Jain, budistas e hinduístas. Esta disposición a no dañar no está orientada sólo a los demás seres humanos. Es necesaria también para el desarrollo exitoso de la espiritualidad y la cultura de la paz porque ajusta nuestras acciones externas y nuestras actitudes internas a las exigencias de compasión y amor, incluyendo las otras especies.

3. Este compromiso con la no-violencia está basado en un sentido espiritual y moral de *solidaridad* e interrelación con los seres de la especie humana y también con todas las otras especies y con todo el mundo. La realización de la interdependencia da lugar al principio de solidaridad, elemento básico de la vida espiritual y de la cultura de la paz.

4. Ninguna espiritualidad es vitalmente auténtica y efectiva sin una cierta disciplina espiritual que es el medio que permite crecer en actitudes, disposiciones y compromisos para llegar a una vida llena de sentido y de madurez humana. Este punto es nuclear, porque la



*práctica espiritual* es el poder de trasformarnos, es la realidad interior que va tomando forma en un hábito disciplinado de relación con la Realidad Divina o última. Sin práctica espiritual, la espiritualidad está vacía, se reduce a formalismo externo. Las prácticas espirituales desde la contemplación hasta el canto participado en los ritos, son prácticas que nos trasforman, nos hacen cambiar desde dentro e influyen en nuestras acciones cotidianas en el mundo. Esta transformación ocurre lentamente, a medida que ganamos en nuestro autoconocimiento, que puede llegar a las regiones de nuestro inconsciente. Este autoconocimiento es muy útil en nuestro proceso de crecimiento interior y es percibido también como un don de la gracia divina. En algunas tradiciones, por ej. en ciertas sectas budistas e hinduístas, esta gracia viene mediada por un guru o maestro espiritual.

El *autoconocimiento*, cuando alcanza su madurez, se convierte en la base de cambios muy profundos en nuestro interior; cambios a los que me refiero cuando hablo de «transformación». Se trata de una real alteración de nuestra «forma» interior, de nuestro carácter y de todos nuestros viejos hábitos de pensamiento y acción. Y esta transformación es la prueba de la autenticidad y la madurez del camino espiritual que se va haciendo. Se afirma que la espiritualidad nos hace mejores porque desbloquea nuestro potencial de divinidad, de ser como Dios en cierta forma participativa. Los teólogos de la Iglesia Ortodoxa Griega de los primeros siglos lo llamaban *theiosis* o deificación: ¡llegar a ser *como* Dios! otra forma de decir lo mismo es afirmar que el autoconocimiento despierta en nosotros la naturaleza de Buda.

La transformación a la que la espiritualidad nos emplaza tiene cuatro niveles básicos, y digo «básicos» porque incluye también otras facultades como la imaginación, la memoria, el intelecto y la razón, las emociones y los sentidos. Para nuestro propósito en este artículo los podemos reducir a conciencia, voluntad, carácter y acción o comportamiento.

a) La conciencia afecta a nuestra comprensión de la realidad de la vida. Nuestra conciencia se expande y cuanto más se expande mayor es nuestra capacidad de entender, de cambiar, de captar lo que somos potencialmente: imágenes y semejanzas de la Realidad Divina. A medida que crece nuestra comprensión, se disipa nuestra ignorancia, lo cual nos permite modificar nuestras motivaciones. Nuestra voluntad cambia desde dentro, experimenta una purificación y esto conlleva una radical transformación de nuestro carácter, nuestra acción y nuestro comportamiento.

b) La voluntad se hace estable en el deseo de lo Bueno, en trascender nuestro egoísmo. Podemos responder a los demás desde el amor y la compasión. La voluntad se afana no por los bienes mutables, sino por los que no cambian (sabiduría, conocimiento espiritual, conciencia mística y vida/visión unitivas). Este cambio logra que gradualmente nuestro carácter vaya cobrando la forma de estos valores y vaya pasando del egoísmo al amor, de la hipocresía a la sinceridad, del pecado a la santidad, de las limitaciones humanas al poder de la gracia. El carácter toma la forma y la sustancia de la virtud, deificándose poco a poco.

c) La práctica espiritual, que incluye y exige autoconocimiento, transforma nuestro ser en tres aspectos de la espiritualidad: la simplicidad de vida, el servicio desinteresado y la acción profética. Se trata de frutos de la transformación en el terreno de la acción y ninguna espiritualidad genuina puede, hoy, carecer de ellos. Son los recursos interiores necesarios para cambiar la dirección de la familia humana de forma que ésta acepte *ser responsable universal* de la Tierra, en formulación del Dalai Lama.

5. La *simplicidad de vida* puede provocar un cambio decisivo en nuestra relación con el entorno y con las cuestiones de la justicia social, la pobreza, etc. Puede tener un impacto importantísimo y cambiar nuestra relación con la Tierra, las otras especies, y con el pobre. Y esto es ya una necesidad urgente porque *debemos simplificar nuestras vidas*, si la época ecológica ha de echar raíces. «Vive simplemente para que otros simplemente puedan vivir». Esta frase resume lo dicho, demuestra la eficacia práctica de la verdadera espiritualidad y se refiere

también al planeta Tierra, que para todos nosotros es el principal «otro». En realidad no basta con hablar de la necesidad del cambiar, sino que *debemos* cambiar o no tenemos siquiera el derecho a hablar.

6. La verdadera espiritualidad está siempre abierta al servicio. Nunca lo evita, especialmente cuando surge la necesidad. Ahora bien, la vida espiritual nos emplaza a un tipo de *servicio desinteresado*, una forma de acción que, como dice el Bhagavad Gita, *no* busca resultados, es decir, no está ligada a los posibles frutos de una acción y sólo viene movida por la necesidad de responder a la necesidad percibida.

No nos resulta fácil el servicio desinteresado. Y lo explicaré con dos ejemplos. El *primero* sucedió durante el Congreso de Religiones del Mundo. Tres monjes cristianos iban de la sede del Congreso hacia su coche y pasaron cerca de un sin hogar, postrado en la calle. El pobre les imploró a gritos pero ellos le ignoraron y siguieron andando. El pobre insistió con sus voces y el más joven de los tres quiso responderle. Se volvió, le miró pero no supo qué hacer o decir, no sabía responder y miró a los monjes mayores esperando una indicación, pero éstos seguían enfrascados en su conversación: ¡Estaban hablando de la necesidad de llegar a los pobres sin hogar! Los tres eran buenas personas, pero no habían recibido ninguna formación acerca de las maneras de servir, lo cual manifiesta una deficiencia importante en su formación monástica.

El segundo ejemplo tiene un contexto budista, en Dharamsala, el «Pequeño Tíbet», al norte de India. El Dalai Lama ha dicho repetidamente que los budistas han de aprender de los cristianos su actitud de compasión activa al servicio de los que tienen necesidad. Pues bien, en Dharamsala hay dos mil personas viviendo en monasterios, de los que la mayoría son monjes. Y en Dharamsala también hay unos veinte leprosos, que se sitúan estratégicamente en los lugares de tránsito para pedir limosna a los extranjeros. Esto no

debería suceder con tantos monjes que podrían ayudarles a afirmarse como personas incluso más que con dinero.

Hasta aquí los ejemplos. Pero este problema existe en todas partes: es preciso aprender que la respuesta adecuada es siempre una atención compasiva y una acción hecha con amor. La capacidad de respuesta y seguimiento es el test que valora el temple de toda espiritualidad.

7. El séptimo aspecto de la espiritualidad global es la *acción profética*: la capacidad de levantar la voz ante la injusticia, la opresión, el quebranto de los derechos humanos o de los de otras especies o los de la misma Tierra. Se trata de una función muy crítica de toda espiritualidad, ejercitada a través de la voz colectiva de los líderes religiosos y espirituales. Esto es hoy muy necesario, porque dichos líderes mantienen un sospechoso silencio ante determinados retos. Por ej.: se ha hablado de Bosnia y de Ruanda, donde los costos de la protesta profética son relativamente bajos. Pero se ha hablado bien poco de la violación de los derechos humanos de los tibetanos por parte del gobierno colonial de China en Tíbet. Este silencio me espanta y revela una falta de coraje y de fortaleza moral ante los poderes del mundo. La espiritualidad genuina, incluida la multiconfesional, está dispuesta a iniciar una acción moral y política cuando la justicia está amenazada. Y si no lo hace, debilita la contribución potencialmente efectiva y proféticamente incisiva de la religión al establecimiento de una cultura de paz. Una espiritualidad efectiva y madura siempre produce la fortaleza necesaria para levantar una voz profética respecto a acciones de gobiernos, naciones, culturas, religiones o personas. La época interespiritual enfocará esta función profética como una responsabilidad colectiva de las religiones. Pero el coraje, la sabiduría y la claridad de una vida espiritual y de la disciplina que se sostiene en ella.

## **Las capacidades de una espiritualidad universal**

La vida mística, la interioridad contemplativa, la espiritualidad madura suscitan y desarrollan una serie de dones, capacidades de la contemplación o de la espiritualidad. Son capacidades porque

realmente facilitan nuestras relaciones de todo tipo con los otros: seres humanos, el planeta, lo Divino. Las enumeraremos: *apertura, presencia, escucha, existencia, visión, espontaneidad y alegría*.

*Apertura* es receptividad a todo y a todos, es disponibilidad. Y la espiritualidad no hace otra cosa que abrirnos más y más.

También es la vida interior la que nos capacita para estar *presentes* a los demás en todos los sentidos. Estando presentes nos encontramos con ellos en el Ahora eterno, en el que todas las cosas están sucediendo y sucederán. El momento presente resulta así sacramental por estar lleno de la realidad de lo Último. La *presencia* es el camino de la plenitud de la conciencia recomendado, de una forma u otra, por el budismo zen, el budismo y todas las tradiciones espirituales.

Una espiritualidad profunda nos proporciona también la capacidad de *escuchar*, un escuchar que implica una atención interior, un escuchar con el corazón. Un escuchar atento a las personas, la naturaleza, etc., que nos da acceso a la Realidad Última, que habla en todas las cosas en todo momento en un proceso continuo de revelación natural.

La gente despierta místicamente tiene también la habilidad de *simplemente ser* y son conscientes de la importancia que esto tiene. Vivimos en una sociedad obsesionada con el hacer. Una espiritualidad contemplativa, en cambio, es una llamada a ser, ser quienes somos en el sentido más profundo de nuestra naturaleza. Sólo si somos, lo que hagamos se añadirá a lo que ya somos. Quizá tendríamos mucho que aprender de las flores, que no hacen, sólo son, están ahí, abiertas a todo. Nosotros deberíamos estar ahí abiertos a la luz y a la verdad de lo divino, dejando que nos transformara.

Muy unida a esta capacidad de ser está la de *ver*, ver la realidad tal como es, vernos tal como somos. Este ver surge de lo profundo de la interioridad contemplativa, de la disciplina espiritual. Es un ver con el

corazón, que requiere y es autoconocimiento, y consiste en ver cada cosa en su sitio, con *perspectiva y equilibrio*.

La vida espiritual, a medida que avanza hacia su plenitud, despierta en nosotros la capacidad de una *espontaneidad* real en nuestras acciones y respuestas a los demás. Nos inspira actos espontáneos de compasión, agradecimiento, amor, etc., y, en último término, se traduce en una sensibilidad para con todos los seres, incluido el cosmos, poniendo de relieve que nuestra vida es desprendida y está centrada en los demás. Es una parte muy significativa de la espiritualidad en su dimensión *social*.

La corona de todas estas capacidades es la alegría, una *alegría unitiva*. La alegría es un signo inequívoco de la vida profunda. La alegría es la presencia de lo Divino en nosotros, la plenitud de la espiritualidad. Esta alegría y todas las otras capacidades culminan en una especie de mística de la paz, una paz sobrenatural, que es la posesión de lo Último, lo Divino o que descansa en el Absoluto.

Las religiones pueden contribuir a esta cultura de la paz mostrando un camino para la vuelta de lo *sagrado* al reino de la cultura, de donde desapareció con la ilustración. Esto no significa que las cosas buenas de la ilustración tengan que perderse, ni que lo sagrado tenga que dominar sobre la cultura, sino sólo que se readmita lo sagrado como una influencia positiva y muy necesaria en la sociedad mundial. La misma UNESCO reconoce la importancia de la religión, de manera que tenemos una oportunidad única para el renacimiento de lo sagrado y, consiguientemente, para construir no sólo una cultura de la paz, sino también una civilización universal con un corazón compasivo y amoroso.